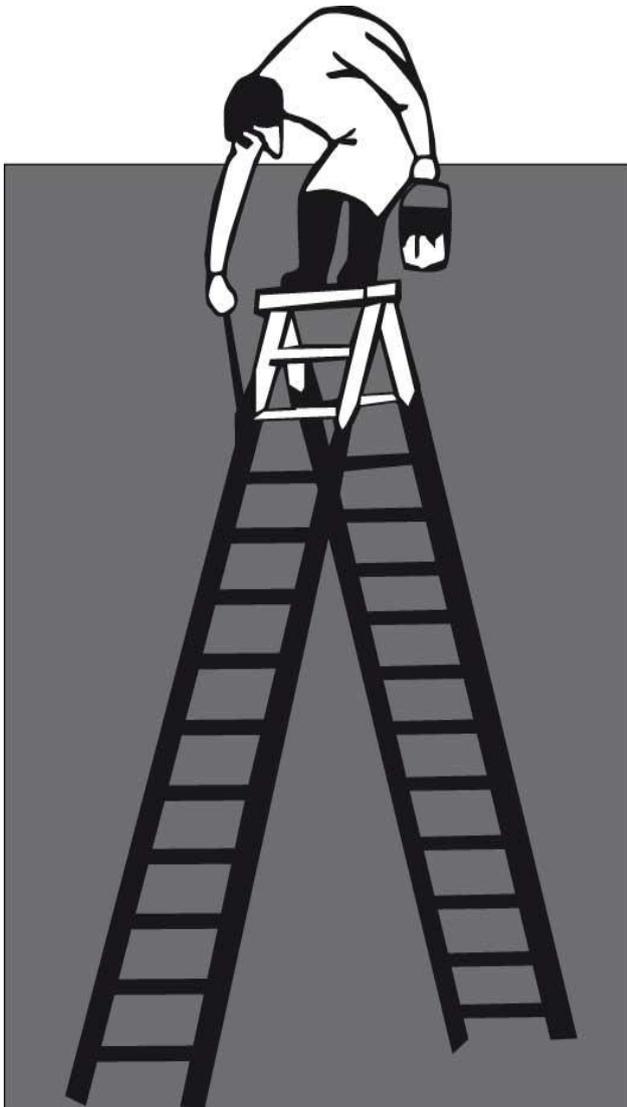


El progreso y la tradición

Slavomir Mrožek



Cada año, el día de la fiesta nacional, en nuestra ciudad se organizaba un desfile. El gobernador salía al balcón y la población desfilaba abajo. Y no había problemas. Pero este año llegó la democracia y con ella empezaron los problemas.

De hecho, a partir de ahora es la población la que debería estar en el balcón y el gobernador desfilaba abajo. Pero no podía porque había dejado de ser gobernador y formaba parte de la población.

Así que surgió el problema de quién había de desfilarse frente a la población.

Según los principios de la democracia, la población debía desfilarse frente a sí misma. Pero ¿cómo hacerlo? Sólo mediante una representación. De modo que se acordó que desfilaban los diputados del Parlamento, es decir los representantes de la población democráticamente elegidos.

Pero el balcón resultó ser demasiado pequeño para poder contener a la población. Así que se decidió ubicar a los representantes en el balcón y a la población abajo. Al fin y al cabo, si los representantes representan a la población, da igual que la población desfile frente a los representantes o que los representantes lo hagan frente a la población.

Llegó el día de la fiesta. Los representantes de la población se situaron en el balcón. Aquellos que no habían logrado abrirse paso a empujones hasta ubicarse en la primera fila se amontonaban en la puerta, y unos cuantos, de brazos excepcionalmente fuertes, colgaban a los lados. Empezó el desfile.

Y todo habría ido bien si no se hubiera hundido el balcón. Ya que estaba podrido. Antes aguantaba, porque sólo subía a él el gobernador, pero cuando llegó la democracia se hundió.

No se puede negar que los cambios han llegado. Pero también continúa la tradición. Pues igual que no había dinero antes, tampoco lo hay ahora. Lo que pasa es que antes bastaba con apuntalar el balcón con cualquier cosa y ahora hay que construir uno nuevo.

La revolución

En mi habitación la cama estaba aquí, el armario allá y en medio la mesa. Hasta que esto me aburrí. Puse entonces la cama allá y el armario aquí.

Durante un tiempo me sentí animado por la novedad. Pero el aburrimiento acabó por volver.

Llegué a la conclusión de que el origen del aburrimiento era la mesa o, mejor dicho, su situación central e inmutable.

Trasladé la mesa allá y la cama en medio. El resultado fue inconformista.

La novedad volvió a animarme, y mientras duró me conformé con la incomodidad inconformista que había causado. Pues sucedió que no podía dormir con la cara vuelta a la pared, lo que siempre había sido mi posición preferida.

Pero al cabo de cierto tiempo la novedad dejó de ser tal y no quedó más que la incomodidad. Así que puse la cama aquí y el armario en medio.

Esta vez el cambio fue radical. Ya que un armario en medio de una habitación es más que inconformista. Es vanguardista.

Pero al cabo de cierto tiempo... Ah, si no fuera por ese "cierto tiempo". Para ser breve, el armario en medio también dejó de parecerme algo nuevo y extraordinario. Era necesario llevar a cabo una ruptura, tomar una decisión terminante. Si dentro de unos límites determinados no es posible ningún cambio verdadero, entonces hay que traspasar dichos límites. Cuando el inconformismo no es suficiente, cuando la vanguardia es ineficaz, hay que hacer una revolución.

Decidí dormir en el armario. Cualquiera que haya intentado dormir en un armario, de pie, sabrá que semejante incomodidad no permite dormir en absoluto, por no hablar de la hinchazón de pies y de los dolores de columna.

Sí, esa era la decisión correcta. Un éxito, una victoria total. Ya que esta vez “cierto tiempo” también se mostró impotente. Al cabo de cierto tiempo, pues, no sólo no llegué a acostumbrarme al cambio —es decir, el cambio seguía siendo un cambio—, sino que, al contrario, cada vez era más consciente de ese cambio, pues el dolor aumentaba a medida que pasaba el tiempo.

De modo que todo habría ido perfectamente a no ser por mi capacidad de resistencia física, que resultó tener sus límites. Una noche no aguanté más. Salí del armario y me metí en la cama.

Dormí tres días y tres noches de un tirón. Después puse el armario junto a la pared y la mesa en medio, porque el armario en medio me molestaba.

Ahora la cama está de nuevo aquí, el armario allá y la mesa en medio. Y cuando me consume el aburrimiento, recuerdo los tiempos en que fui revolucionario.

Slavomir Mrozek es un dramaturgo y narrador polaco (1930), reconocido por su estilo corrosivo y satírico. La editorial española Acontilado ha venido publicando buena parte de sus piezas narrativas en libros como *El árbol*, *Dos cartas*, *Juego de azar* (Barcelona, 2001, pp. 35-36) y *La vida difícil* (Barcelona, 2002, pp. 7-8), de los cuales extraemos estos relatos, respectivamente.